

# De Támara a Tudején: Proyección de Castilla hacia el Sureste de la Península.

MANUEL RECUERO ASTRAY

El avance cristiano en la Península entre los siglos XI y XIII constituye un proceso bastante complejo, en que se van sucediendo distintas etapas. Desde la muerte de Almanzor, en 1002, hasta la conquista de Toledo por Alfonso VI se desarrolla, sin duda, la primera, interrumpida por la invasión almorávide. Durante ella Castilla, por razones de sobra conocidas, progresa con mayor rapidez que el resto de los núcleos de reconquista. La ocupación almorávide termina por afectar a toda España islámica por igual y, en algunos puntos, el avance cristiano se convierte en resistencia. Es el caso precisamente de Toledo, cuya situación casi desde el momento mismo de su conquista hasta la coronación imperial de Alfonso VII en 1135 y aun después, no deja de ser comprometida. Se trata de una nueva etapa, en la que Aragón pasa a ser el principal protagonista con conquistas como la de Zaragoza en 1118. La muerte de Alfonso el Batallador en Fraga dieciseis años después, en 1134, pone en realidad fin a este período que sólo en parte ha equilibrado el progreso reconquistador de Aragón con respecto a Castilla.

Ese equilibrio quedaría definitivamente roto en la etapa inmediatamente posterior, la que protagonizan desde Castilla y León el rey-emperador Alfonso VII y sus sucesores. Después, el avance a partir de la victoria cristiana en las Navas de Tolosa

en 1212, será consecuencia lógica de la proyección territorial que cada uno de los reinos hispánicos había conseguido determinar para sí en las etapas anteriores.

El avance de Castilla hacia el Sur y hacia el Este, es un proceso que se remonta a la época de su constitución como reino. En este sentido, se trata de uno de los puntos más conflictivos de todo el proceso reconquistador. Muchos factores de orden político, social y económico determinan esa doble proyección castellana de forma casi ininterrumpida, a lo largo de las distintas etapas de las que venimos hablando. Sólo en algunos momentos pudo neutralizar Alfonso I de Aragón esa proyección que el imperialismo de Alfonso VI había vigorizado poco antes. Pero la derrota y muerte del Batallador, supuso de hecho el renovado empeño castellano por abarcar en su avance las tierras más meridionales del oriente peninsular.

Los problemas fronterizos con Navarra y Aragón, tanto durante el reinado de Alfonso VI como durante el de su nieto Alfonso VII, han sido objeto de diversos estudios (1). En realidad se trata de la consecuencia lógica de la actitud castellana a la hora de proyectar su avance territorial. En este sentido, entre las paces de Támara de 1127 y el tratado de Tudején de 1151, se puede hablar de un verdadero replanteamiento reconquistador por parte de Castilla, cuyas consecuencias serían la reserva de una buena parte del Levante español para su dominio.

No se trata de una época de grandes conquistas, por lo menos tan espectaculares y duraderas como había sido la de Toledo. Se dan, eso sí, avances lentos e importantes hasta la línea del Guadiana. Pero destacan determinadas expediciones armadas encaminadas a objetivos muy lejanos de las bases cristianas, como puedan ser Córdoba, Jaén o Almería. El resultado de dichas expediciones, sin ser desdeñable, aparentemente es muy relativo. Las razones que motivan este tipo de acciones en pleno siglo XII, frente a la consolidación de posesiones fronterizas, son a su vez diversas. Además, la crisis del imperio almorávide viene a propiciar este tipo de campañas lucrativas.

Es necesario examinar más detenidamente su desarrollo en conjunto, para poder valorar el alcance que tuvieron. Valoración que, por otra parte, parece estar implícita en los mismos documentos. No en vano, alrededor de tales campañas existe en algunos casos una verdadera propaganda, que culmina con la composición del conocido *Poema de Almería*.

Las paces de Támara no supusieron un paso importante para la solución de los problemas fronterizos entre Aragón y Castilla (2). Es más, se puede decir que dejan abierto un largo conflicto, cuya resolución definitiva no puede darse ni siquiera tras la muerte del Batallador y la posterior entrada de Alfonso VII en Zaragoza. En cierta for-

(1) Buen ejemplo son los trabajos de J.M. LACARRA: «Alfonso el Batallador y las paces de Támara. Cuestiones cronológicas (1124-1127)». *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón III* (1947-48), pp. 466 y ss.; F. BALAGUER: «La "Chronica Adefonsi Imperatoris" y la elevación de Ramiro II al trono Aragonés», *Ibid.* VI, (1956) y «Notas documentales sobre el reinado de Ramiro II», *Ibid.* III, (1947-48), pp. 52-54; y A. UBIETO ARTETA: «Navarra-Aragón y la idea imperial de Alfonso VII», *Ibid.* VI (1956); «Homenaje de Aragón a Castilla por el condado de Navarra», *ibid.* III (1947-48), pp. 7-29, y «Estudios en torno a la división del reino por Sancho el Mayor de Navarra», *Príncipe de Viana* (1960), pp. 5-56. Si este último trabajo se refiere a los orígenes del problema, el de J. VALDEÓN BARUQUE: «Las particiones medievales en los tratados de los reinos hispánicos: un posible precedente de Tordesillas» *II Jornadas americanistas de la Universidad de Valladolid*. Valladolid, 1973, lo abordaba desde una perspectiva muy posterior.

(2) Cfr. M. RECUEO ASTRAY: *Alfonso VII, Emperador. El Imperio Hispánico en el siglo XII*, León 1979, pp. 90 y ss.

ma Támara es una mirada atrás, a las adquisiciones realizadas por Alfonso VI en 1076 y a las consecuencias del fracasado matrimonio entre el rey de Aragón y doña Urraca. Los conflictos fronterizos van unidos además, en este caso, a las rebeliones nobiliarias. Todo esto hace que la lucha por la supremacía entre las dos grandes monarquías peninsulares se vuelva una vez más a plantear en torno a la capacidad que cada una de ellas tiene de avance hacia el Sur, donde también se plantea una verdadera competencia por el dominio de las distintas zonas de influencia.

Para Castilla hay dos vertientes fundamentales en su avance. La que a partir de la Extremadura leonesa trata de reforzar la línea del Tajo con conquistas como Coria. Y la que a partir de Toledo se dirige hacia el Guadiana y los Campos de Calatrava. Este segundo camino, que a su vez tiene dos proyecciones distintas, es el más frecuentado por las razzias castellanas hasta el reparto de Támara.

Casi siempre a partir de Toledo las expediciones organizadas por Alfonso VII y sus colaboradores dirigen sus ataques o bien contra Córdoba y Sevilla, o a través de Calatrava, conquistada poco antes que Almería, hacia Andújar, Jaén, Baeza, Ubeda, Granada y, al cabo, la misma Almería.

Estas últimas, que parecen obedecer a un programa que poco a poco se va perfilando, son las que nos interesa estudiar ahora. La primera campaña organizada y mandada por el mismo emperador no se realizó hasta 1133. Entonces ya se apuntaba lo que iba a ser una constante en su reinado. Partiendo de Toledo las fuerzas expedicionarias se dirigieron durante los meses estivales a tierras de Jaén y Córdoba, atravesando divididas en dos haces los puertos de la sierra. Al cabo se encaminaron contra Sevilla y Carmona y llegaron hasta Cádiz. El éxito de la operación, fue aprovechado de forma propagandística por el cronista del emperador. Una penetración tan profunda y duradera por tierras de al-Andalus abrió una nueva etapa de supremacía cristiana. También quedaban reabiertos para Castilla los caminos hacia las costas más meridionales de la Península (3).

Las siguientes campañas, las primeras que se dirigieron directamente contra Jaén, Andújar, Baeza y Ubeda, recorren unos itinerarios que habrán de llevar a los castellanos hacia el Mediterráneo. Rodrigo Fernández de Castro, como alcaide de Toledo y sustituto de Rodrigo González de Lara, en 1137, fue el principal artífice de las razzias dirigidas un año después contra las poblaciones y campiñas de ambos márgenes del alto Guadalquivir (4). El emperador por entonces se encontraba todavía preocupado por la toma de Coria con la ayuda de las fuerzas leonesas. Pero una vez reforzada la posición de Toledo con la conquista de Oreja, en 1139, y completado el avance hacia el Tajo con la de la misma Coria tres años después, centra definitivamente su atención en las expediciones dirigidas contra Andalucía Oriental.

Fue entre los años 1143 cuando se realizaron algunas de las expediciones más importantes de Alfonso VII, precisamente por los caminos que venimos indicando. El monarca atravesó con sus huestes casi toda Andalucía, según dicen los *Anales Toleda-*

---

(3) Sobre esta campaña, de la que no existen referencias documentales, nos informan tanto la *Chronica Adefonsi Imperatoris* como los *Anales Toledanos I*.

(4) De estas campañas también se ocupa la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, en los epígrafes 131 a 132 de su segundo libro (ed. de L. SÁNCHEZ BELDA, Madrid 1950).

nos, llegando desde luego hasta Granada y acercándose a tierras de Almería (5). Eran las bases de una política de largo alcance, favorecida por la debilidad cada vez mayor del imperio almorávide. La campaña «in terra Cordubae et Granatae» de 1144, además de revelar el interés de Alfonso VII por acrecentar el descontento de los musulmanes españoles contra los almorávides, se enmarca ya en ese programa de expediciones que por diversos caminos llevan hacia el Mediterráneo y Almería (6).

Mientras la huestes cristianas atravesaban Andalucía, las rebeliones que contra el dominio almorávide se estaban produciendo en el Levante, como en muchas otras zonas de la Península, favorecen sin duda los planes del emperador, cuya presencia en los escenarios a que nos referimos se hace más frecuente y decisiva.

El año 1145 fue desastroso para los almorávides con la muerte sucesiva de Reverter y Tasfín y el sometimiento del Magrib central a los almohades (7). Mientras tanto uno de los principales aliados del emperador en al-Andalus, su vasallo Zafadola, hacía triunfar la rebelión en Jaén, Granada y Murcia. La presencia del hispano-musulmán en el sureste de la Península es, en cierta forma, consecuencia de su participación en la campaña realizada por Alfonso VII en 1144. Tras ésta permaneció en tierras andaluzas fomentando la rebelión contra los almorávides, muy lejos de su antigua base de Zafra (8). Hubo por tanto un verdadero traslado en el campo de acción del caudillo musulmán, probablemente bajo los auspicios del propio Alfonso VII. Sin embargo, no sabemos hasta qué punto el monarca castellano aprobó la actuación de su aliado a partir de ese momento. Zafadola llegó a apoderarse, en enero de 1145, de Córdoba, que le entregó Abenhandim tras sublevarse contra los almorávides. El antiguo gobernador entregaba la ciudad a un vasallo del emperador, pero la situación no llegó a estabilizarse. Durante el mes de marzo de ese mismo año tuvo que abandonar la ciudad y huir a Granada, en circunstancias que conocemos mal (9). La siguiente noticia es la de su muerte en febrero del año siguiente, al parecer cuando se aprestaba a colaborar con los castellanos en una campaña contra Ubeda y Baeza. El hecho de que fueron los mismos cristianos los que le dieron muerte, parece indicar que desde su salida de Córdoba Zafadola no pudo o no quiso llegar a coordinar enteramente su actuación con la del monarca castellano (10).

La desaparición del hispano-musulmán obligó a este último a buscar nuevas alianzas en la zona. Por lo pronto pudo tratar, esta vez directamente, con Abenhandim,

(5) Vid. H. FLOREZ: *España Sagrada*, tomo XII, p. 389.

(6) La campaña de 1144 se retrasó hasta los últimos meses del año, probablemente por las bodas de una de las hijas de Alfonso VII con el rey de Navarra en junio (vid. *Archivo Histórico Nacional*, Clero, Osera, carpeta 1515 n.º 17). El objetivo fundamental fue Granada, como lo especifican los testimonios documentales datados «in reditu fossati quod facerat eo tempore inperator in terra Granate», el último mes de aquel año (*Ibid.*, Eslonza, carpeta 962 n.º 15 y Sahagun, carpeta 897 n.º 2). Con respecto a Córdoba se cita en un documento del mes anterior, «in reditu fossati quod facerat...in terra Cordube et Granate» (*Ibid.*, Avila, carpeta 18 n.º 4).

(7) Vid. A. HUICI: *Historia política del Imperio Almohade*, Tetuán 1956, pp. 131-136.

(8) Allí había ido a buscarle el emperador para su primera campaña de 1133 (vid. M. RECUERO: «Alfonso VII», *Itinerario*, p. 210).

(9) Dicen los *Anales Toledanos primeros* que «fue Cahedola en el mes de Janero a Cordoba, è mató à Farach Adali, è fuxó à Granada, è pues fuxó Cahedola levantaron a Aben Hamdín rey de Cordoba, en el mes de marcio, era MCLXXXIII». H. FLOREZ: *España Sagrada*, XXII, p. 389.

(10) *Chronica Adefonsi Imperatoris*, pp. 191-193.

que había sido expulsado de Córdoba y se hallaba sitiado en Andujar, a donde el emperador envió una expedición de ayuda (11). En la misma Córdoba, a la que Alfonso VII puso sitio durante el mes de mayo de 1146, acabaría encontrando un nuevo aliado en la persona de Abengania, gobernador almorávide desasistido ya en su posición ante el avance almohade en el norte de Africa (12). Por último, y cuando estaba produciéndose ya la nueva invasión africana en la Península, el éxito de Aben Mardanix en Valencia y Murcia vendrá a representar la baza más importante para que el emperador pueda seguir intentando hacer llegar su influencia a las zonas más orientales de al-Andalus (13).

El panorama se completa con la conquista de Calatrava en enero de 1147 (14). Para entonces se puede pensar que estaba planeada ya la conquista de Almería, que termina por captar la atención preferente de los castellanos hacia las costas mediterráneas. La conquista pasa por la entrega de Ubeda y Baeza por parte de Abengania al emperador (15), interesado como vimos por estas poblaciones desde poco antes de la muerte de Zafadola; lo que viene a remarcar la continuidad en el camino emprendido bastantes años antes. El hecho de que la campaña contra Almería se convierta en empresa común de genoveses, pisanos, catalanes, navarros y castellanos, no priva a estos últimos de la explotación del éxito que supone este avance hacia el Mediterráneo.

Fueron ellos los principales encargados de mantener en lo sucesivo la plaza conquistada. Todo esto hace más comprensible, si cabe, el término de llegada, que pese a su provisionalidad es el tratado de Tudején. Es indudable que entre los frutos, más o menos positivos del imperialismo castellano de la primera mitad del siglo XII, se encuentra su proyección hacia el sureste Peninsular, que queda perfectamente reflejada en dicho tratado. Allí se preveía que, según avanzara la Reconquista, Ramón Berenguer IV podría incorporar a su monarquía las tierras de Valencia y Denia hasta el reino de Murcia, menos los castillos de Lorca y Vera. El resto quedaba dentro de las perspectivas de los castellanos, que a la larga y pese a la temprana pérdida de Almería y el fracaso de la misma política imperial, conseguirán mantener el avance por el amplio horizonte que se había abierto en Tudején.

---

(11) *Ibid.* n.º 95.

(12) Un documento del mes de agosto de aquel año data «post reditu fossati, quo preminatus imperator principem maurorum Abingania sibi vassallum fecit, et quandam partem Cordubae depredavit cum mezquita maiore». *Archivo Histórico Nacional*, Clero, Eslonza, carpeta 962 n.º 19.

(13) M. RECUERO: *Alfonso VII*, pp. 183 y ss.

(14) Por entonces la documentación reseñaba lo siguiente: «anno quo preminatus imperator acquisivit Cordubam et post Cordubam Calatravam, mense ianuario et submisit illud iuri Christianorum». *Archivo Histórico Nacional*, Catedral de Toledo, carpeta 3.017 n.º 6.

(15) M. RECUERO: *Alfonso VII*, p. 181, nota 36.